



El niño de hoy y la autoridad



Un tema educativo que se plantea en muchas familias y profesores. Frente a las exigencias de estos “niños terribles” (*enfant terrible*) que maltratan a sus familias, los padres se encuentran con pocos recursos para imponer sus límites. El malestar de los padres va en aumento, culpabilizándose de “no ser buenos padres”, utilizando el autoritarismo o bien *laisser-faire*. El problema de todos estos niños es que se encuentran en un ambiente familiar donde los padres tienen dificultades para imponer el “no”. Teniendo en cuenta estas dinámicas, ¿cómo imponer la autoridad, sabiendo que la autoridad es una acción educativa que interviene en el psiquismo del niño y de su devenir social?



Bernard
Aucouturier



Catedrático (Tours - Francia)
bernardaucouturier@orange.fr



Se trata de una cuestión educativa importante a la que se enfrentan muchas familias, y hasta muchos profesores, que en ocasiones se sienten frustrados por el comportamiento desmedido de los niños desde la educación infantil hasta la adolescencia.

Antes, los niños debían estar bien educados, es decir, debían obedecer a los adultos y tener buenos modales. Tenían que respetar las normas familiares: no molestar a sus padres, sentarse a la mesa en familia y no hablar. Por suerte, todo aquello quedó lejos, y, en tan sólo unos decenios, el trato con los niños ha cambiado. De hecho, hoy en día se les exige fundamentalmente ser autónomos e independientes. Sin embargo, la autonomía, que es la capacidad de la que uno dispone para fijarse sus propias normas, y la independencia, que consiste en saber manejarse solo a diario, son fruto de una larga conquista que, a su

vez, es el resultado de la educación dada por la familia y el colegio.

El porvenir de un niño es convertirse en una persona civilizada que sea capaz de convivir con el resto, de compartir voluntariamente y que no dé problemas a su entorno. En un principio, no está preparado para eso, dado que sus actuaciones se rigen por tres principios que no favorecen su vida en sociedad. Un niño es:

- un sujeto de pulsiones agresivas: empujará, morderá y pegará a todo aquél que se interponga en su camino;
- un sujeto de deseos: si quiere algo, lo cogerá, no esperará;
- un sujeto de placeres: hace lo que le apetece y rechaza todo aquello que le provoca el menor desagrado.

Por tanto, el niño tiene dificultad para interiorizar que debe realizar esfuerzos y aceptar las normas.

Hasta los 4 o 5 años, el niño se siente todopoderoso, cree que es el rey del mundo (sobre todo los chicos) el centro del universo, en particular en el núcleo familiar. Así, para poder evolucionar, deberá renunciar a su comportamiento inicial gracias a la educación recibida en casa y en el colegio.

Ante tamaña tarea, a los padres no les quedará más remedio que optar por hacer uso de la autoridad, esto es, crear frustraciones para que el niño pueda crecer y convertirse en un adulto responsable de sí mismo, respetuoso con el resto y generoso. Sin embargo, cabe preguntarse si algunos padres están preparados para eso, si son capaces de ejercer su autoridad para contribuir al desarrollo del niño en las mejores condiciones.

El malestar de los padres

En la actualidad, en muchos padres aflora una sensación de malestar creciente, derivada de presiones externas y de un estilo de vida estresante: trabajan mucho, llegan tarde a casa y a menudo agotados por los largos trayectos. Estas personas sufren por no ser "buenos padres", se sienten inseguras y culpables



por haber fracasado en su rol. Sienten que son incapaces de ejercer su función como padres, que consiste en transmitir tranquilidad a su hijo. Sin embargo, el niño tiene un sentimiento de seguridad y de bienestar internos cuando siente el amor y la estabilidad como adulto de sus padres.

Ahora, son muchos los padres que satisfacen de manera continua las necesidades y deseos de sus hijos sin generar frustraciones. Estos padres asumen el rol de "colega a colega" con su hijo porque resulta más sencillo, les preguntan si quieren ir a pasear o comer esto o lo otro, lo que, en realidad, son decisiones que debe tomar un adulto y el niño aceptar sin rechistar.

A menudo, los padres colman de regalos a sus hijos para minimizar su sentimiento de culpa. Así, el niño tiene el regalo antes incluso de desearlo. En caso de no conseguir la chuchería o juguete deseados, puede montar en cólera e insultar a sus padres, quienes se angustiarán por tener que oponer resistencia a su hijo de 3 años. Y, sin embargo, si no son capaces de decir "no" a un niño de 3 años, o incluso antes, éste no aguantará la frustración

El uso de la autoridad, esto es, crear frustraciones para que el niño pueda crecer y convertirse en un adulto responsable de sí mismo, respetuoso con el resto y generoso.

a los 13. Los psiquiatras infantiles dicen que "algunas familias están dirigidas por hombrecitos que no levantan tres palmos del suelo".

Muchos padres entregan a sus hijos a ese sentimiento de omnipotencia, a sus pulsiones primarias, mientras que la frustración prepara al niño para la vida social. No se atreven a reafirmar su autoridad, a establecer unos límites frente a su hijo todopoderoso; son incapaces de decir: "aquí no mandas tú, mando yo". Se sienten desamparados y sobrepasados por conflictos familiares permanentes, frente a unos niños que dictan las normas en casa.



Aunque el niño se sienta contrariado por las prohibiciones, en ningún caso le traumatizarán. Es más, se producirá el efecto contrario, ya que éstas darán coherencia a su existencia y le ayudarán a encontrar el camino adecuado

De este modo, los niños crecen con la idea de que el mundo debe obedecerles. Aquéllos que obtienen las cosas antes incluso de haberlas deseado son, más tarde, incapaces de esperar y de tolerar las frustraciones. Para ellos, la paciencia es una virtud desfasada. Estos niños, en manos de los mandatos de sus pulsiones, de sus exigencias y de su impaciencia corren el riesgo de convertirse en niños tiranos, un tema de actualidad en el ámbito de la psicopatología infantil. Y, entonces, los padres se apresurarán a ir al psicólogo, quien les dirá: "no, no es una cuestión psicológica, sino educativa".

La espera deja un vacío, un sentimiento de angustia, y ese vacío se va llenando de inseguridad y de exigencias. La exigencia y la impaciencia conllevan una sensación de malvivir; la impaciencia no es otra cosa que la falta de confianza en uno mismo, de confianza en la vida.

Estos niños crecen con la idea de que deben obtener todo de inmediato, así que el día en el que se topan con el primer obstáculo, véanse las exigencias en el colegio, es un drama, llegan la rebeldía, el rechazo o la huida. Estos padres son incapaces de imponer unos límites a sus hijos y a sí mismos: el último teléfono móvil del mercado, el último modelo de televisión o de coche, las últimas tendencias en moda. Es cierto que, a menudo, los niños tienen como referencia a unos adultos con egos hipertrofiados.

La hipertrofia del yo

La patología de la hipertrofia del yo domina el día a día. Si no se le planta cara mediante la educación y la mediación, los adultos con síndrome del emperador podrían convertir al mundo en un lugar insoportable.

Sin embargo, ¡cada vez hay más adultos así! Ciertamente es que no se trata de una generación entera, pero sí de una minoría que pasa a la acción e impone su mala educación: por ejemplo, una cita acompañada de un retraso, un coche estacionado en doble fila o en una plaza reservada para minusválidos, o bien mantener una conversación por el móvil y compartirla con todo el vagón. Y el egocentrismo va más allá. Dentro de la familia, el adulto con síndrome del emperador cambiará de mujer si considera que ésta ya no le atrae, tal y como cambia de móvil o de coche. En el trabajo, el jefecillo infligirá humillaciones para satisfacer su ego. En el ámbito político, la tónica dominante es la omnipotencia.

Estas personas no han aceptado límites, pero tampoco nadie se los ha impuesto. La hipertrofia del yo es la consecuencia de una carencia educativa. Son adultos que no han sido educados, que no han aprendido a ajustar su placer a la realidad y, por consiguiente, a la realidad del resto. Niegan a los demás, los "cosifican". El adulto todopoderoso no piensa en el otro: ¿no sería entonces un saboteador de relaciones? Estos adultos niegan las virtudes que caracterizan al ser humano, tales como la cortesía, la justicia, la compasión, la tolerancia, la buena fe, la lealtad.



Son seres humanos que han abandonado el "sentimiento humano".

Hoy en día, el hecho de que los adultos sufran y se sientan culpables por no ser buenos padres les lleva a permitir que sus hijos pasen horas delante de la televisión o jueguen con juegos electrónicos sin límite de tiempo, y no se atreven a decirles que paren. Y, mientras, el niño está inactivo ante la pantalla, es dependiente de las imágenes que absorbe sin filtro alguno. Ese niño vulnerable corre el riesgo de encerrarse en el mundo virtual, de alejarse de la realidad, y de dejar que se instalen ideas, fantasmas de dominación, de agresión y de aniquilación del resto. En este caso, la familia y el colegio desempeñan un papel fundamental, que consiste en formarle para que sea capaz de cuestionar las imágenes y prepararle para su entendimiento.

Los niños carecen de límites, sí, todos los especialistas están de acuerdo en ese punto, pero entonces, ¿por qué es algo que no cambia? ¿Por qué cada vez se ven más comportamientos incívicos en la calle, en el colegio? ¿Por qué? Creo que desde hace 30 años tratamos de atribuir cualquier comportamiento disfuncional o trastorno de la conducta del niño a carencias afectivas o traumas, y puede que el problema esté únicamente en la educación. Antiguamente, los niños que no cumplían las expectativas de los adultos esta-

ban inhibidos, carecían de autoestima, tenían dificultades para autoafirmarse, existir y reprimían sus deseos. Ahora, los niños quieren vivir sus deseos y placeres, y vemos cómo surge una patología asociada al vínculo con la realidad: los niños ya no están reprimidos, padecen una hipertrofia del yo, son incapaces de soportar al resto, las normas o las frustraciones. Cuando crecen, son personas con las que es difícil convivir, son esos *enfants terribles* (como yo les llamo), que agreden verbalmente, y a veces hasta físicamente, a los educadores, excluyéndoles, despreciándoles, e incluso insultándoles. De esos niños, algunos corren el riesgo de convertirse en personas violentas, si es que no lo son ya, y pueden ser peligrosos para los demás y para sí mismos. Los profesores se dan cuenta de que no son autónomos porque, incluso con 8 años, se comportan como si fueran bebés, y entre los colegiales, se percibe una mezcla de autonomía y de infantilismo. Es cierto que puede que la inseguridad de los padres y su sentimiento de culpa les lleven a prodigar demasiado amor para compensar su malestar, encerrando así a sus hijos en una burbuja afectiva de la cual sólo se podrán zafar rebelándose.

Antes, a los niños primero se les educaba, y si quedaba tiempo, se les daba cariño. No siento nostalgia del pasado, pero sí es verdad que educar a un niño



puede resumirse en tres palabras: cariño, normas, cultura.

Los psiquiatras, psicólogos y especialistas infantiles dan la voz de alarma: "¡alto al ego infantil!". Al parecer, el "niño tirano" se está convirtiendo en un fenómeno social. Deseado, adorado, adulado, mimado, consentido; ya no tolera la autoridad ni las normas, ni tan siquiera la más mínima negativa. Son adictos al placer inmediato. Un "niño tirano" es primero un niño rey, que dispone de todos los bienes materiales posibles (videojuegos, televisión, tableta electrónica, teléfono) y que, además, se ha hecho con el poder en casa. Los padres se sienten impotentes y desarmados, y repiten que ya no saben qué hacer. Son niños que generan una sensación de angustia en su entorno; desde el niño de 3 años que no obedece, que come y duerme únicamente cuando quiere, hasta el adolescente que ha retirado la palabra a sus padres.

Una transformación social

Hace varios decenios, se observaban más bien patologías asociadas al principio del placer. Fue una época en la que las responsabilidades profesionales, familiares y sociales tenían mucho peso, y en la que había muy poco espacio para el placer y el hedonismo. En la década 60-80, asistimos al movimiento contrario: "disfrutar de la vida", "prohibido prohibir".

Fue algo muy saludable como contrapunto a las restricciones sociales; ahora ha alcanzado un grado excesivo. Sí, el ser humano tiene la necesidad de sentirse querido para poder forjar su personalidad, pero también necesita frustraciones porque debe afrontar la realidad ("no soy el más guapo ni el más fuerte ni el más inteligente") la realidad del resto y la realidad de la vida. Estos niños padecen intolerancia a la frustración en cuanto no consiguen lo que quieren, cuando las cosas no salen como a ellos les gustaría o el resto no se comporta como ellos desean. Y así no van por buen camino. Los niños que niegan la autoridad parecen seguros de sí mismos, pero en realidad son vulnerables a nivel psicológico. La sociedad de consumo y su culto al placer inmediato; el placer individual, el individualismo y la incomunicabilidad, que están a la cabeza de las prioridades; y el discurso contradictorio de algunos padres sobre la educación contribuyen al nacimiento del "niño rey". Vivimos en un mundo en pleno proceso de transformación, en el que los adultos han relegado al olvido el modelo educativo autoritario para dejar paso al enfoque permisivo del *laissez faire*. Desde hace 50 años, las normas han cambiado tanto que los adultos ya no saben qué sistema tomar como referencia.

¿Acaso es la consecuencia del legado del psicoanálisis? Del legado de Françoise

Dolto, de su archiconocido libro *El niño es una persona*. No es menos verdad que el psicoanálisis tenía por costumbre insistir en que los niños sólo tienen derechos y los padres nada más que obligaciones. Si gracias a él se liberó a los jóvenes anestesados por una educación rígida o por carencias afectivas, tanto mejor. Entonces era necesario reconocer que los niños eran personas en sí mismas; ahora estamos en una época distinta.

Los psicoanalistas de hoy en día han cambiado y reconocen que es necesaria la evolución de las pulsiones, del principio del placer, así como que es indispensable que los padres ejerzan el mando.

Ya en su época Platón dijo: "Un adolescente sin maestro se dirige hacia la tiranía".

Pero, ¿cómo evitarlo?

No se trata de volver a un modelo autoritario, de aplicar los arcaísmos educativos que algunos de nosotros hemos vivido, sino de transmitirle al niño que "puede disfrutar de la vida, pero que también existen normas". Los padres frustrantes no hacen infelices a sus hijos, más bien al contrario.

Los valores sociales han pasado de un extremo al otro. Han pasado de ser "trabajo, familia, patria" al "primero yo". Sin embargo, se toma conciencia de la situación porque los padres se dan cuenta de que su prole no es feliz, que deben asumir nuevamente el rol de educadores, y que su hijo no es un igual ni un amigo. Los niños tienen que poder soñar con el mundo de los adultos.

¿Cómo imponer la autoridad?

Aviso: para poder imponer prohibiciones a los niños y que éstos las respeten, tanto padres como profesores deben estar seguros de su conveniencia.

Las consecuencias de las prohibiciones inciden en el psiquismo del niño, cuya posición con respecto a ellas es ambivalente. Evidentemente, las rechazará, teniendo en cuenta que van contra sus pulsiones, su búsqueda del placer, de la libertad y su sentimiento omnipotente. Sin embargo, el niño se dará cuenta rápidamente de que



Educar a un niño es una tarea difícil, que exige a los padres grandes dosis de afecto, de tiempo, de valentía y de responsabilidad para afrontar los conflictos

las necesita, y las buscará. Los niños a los que se les permite hacer de todo, que brincan por todas partes, trepan por los muebles, chutan el balón por el cuarto, esos niños terminan por hacerse daño. Si no existen unos límites impuestos por un adulto, los niños son capaces de encontrar por sí mismos los límites a través de su cuerpo.

Aunque el niño se sienta contrariado por las prohibiciones, en ningún caso le traumatizarán. Es más, se producirá el efecto contrario, ya que estas darán coherencia a su existencia y le ayudarán a encontrar el camino adecuado. Si cada vez que quiera dar rienda suelta a su omnipotencia se



encuentra con una señal de “dirección prohibida”, tendrá que encontrar la manera de conducirse de otra forma. Gracias a las prohibiciones de sus padres podrá realizar un increíble trabajo a nivel psíquico, que le reportará grandes ventajas: será objeto de una transformación interna que le convertirá en un ser civilizado, capaz de convivir en armonía con el resto.

Pero, ¿cómo hay que proceder para implantar los límites con firmeza y juicio?

En primer lugar, habrá que enunciar la prohibición “no se pega en la cabeza de un amiguito en el parque para quitarle el cubo”.

Después, simplemente habrá que explicarle qué significa la prohibición: si todo el mundo pudiese pegar al resto por la calle, cualquiera podría pegar al niño, y el mundo se convertiría en un lugar inhóspito.

Finalmente, es básico que entienda que no es el único al que se le imponen esas prohibiciones, que todas las personas están sometidas a ellas, incluidos los adultos. Por ejemplo, si al padre que le gustaría tener el cochazo del vecino se le ocurriese quitárselo, sería sancionado con severidad.

El fundamento de la autoridad justa (distinto del autoritarismo) se sustenta en la legitimidad de una prohibición con un significado, impuesta a todos y no sólo a los niños. Para ello, hay que estar convencido del rol de padre y decidido a no faltar a ninguna de las obligaciones. Es esa convicción la que tiene autoridad ante el niño.

Otra de las preguntas que nos hacemos es si el niño querrá menos a sus padres si estos imponen su autoridad.

Un niño no se equivoca jamás. Sabe diferenciar perfectamente entre los límites que le han sido impuestos justamente y aquéllos que el adulto le impone porque sí. Rápidamente, el niño percibe las ventajas de las prohibiciones. A aquél al que le hayan educado con autoridad hará amigos, descubrirá otros placeres maravillosos, como son la comunicación y el juego espontáneo. Gracias a este último, el niño aprenderá a expresar su pasado de manera simbólica y a reafirmarse, dando así un paso importante hacia el mundo de los adultos (de ahí la importancia de la práctica psicomotriz, que favorece el acceso a la dimensión simbólica). Por supuesto, hay que pasar por una etapa ingrata, que es cuando el niño debe plegarse a las prohibiciones sin haber descubierto aún las ventajas: la comunicación y el juego. Estas frustraciones forman parte de la vida; nosotros, los adultos, hemos pasado por ellas y no nos hemos muerto.

Pero los padres deben estar tranquilos: la autoridad es ante todo un acto de amor, y su hijo lo siente así.

En las familias en las que existe un nivel de autoridad normal, impartida en un entorno afectivo, reina un ambiente familiar tranquilo, propicio para una relación fluida entre los adultos y el niño.

¿A partir de qué edad hay que empezar a imponer las primeras prohibiciones?

Los padres comienzan su función civilizadora muy pronto, a partir del nacimiento. A través de la calidad de los cuidados dispensados con regularidad, de una misma cadencia con palabras adaptadas a las necesidades del niño, del uso de palabras tranquilizadoras, el bebé asimila unas referencias sensoriales, de acción, de afecto y de placer que le permitirán anticipar el retorno del progenitor. La madre y el padre imparten con cierta regularidad ese ritual de cuidados y, entonces, el bebé sigue el ritual automáticamente, por lo que es probable que más tarde acepte con más facilidad la autoridad de los padres en un contexto de seguridad afectiva.



Educar a un niño es una tarea especialmente agotadora. Sería una lástima posponer el ejercicio de la autoridad convenciéndose a uno mismo de que el niño es todavía demasiado pequeño para soportar las frustraciones. ¡Craso error! Cuanto más se tarde, más difícil será enderezar la situación.

Actualmente, los padres comienzan a rebelarse. Están mucho menos sometidos a sus hijos que hace 10 años, y hacen gala de responsabilidad parental: controlan las redes sociales y los móviles de sus hijos en cuanto pueden.

Según los profesores, existe una nueva generación de padres que quiere evitar a toda costa que los niños se les suban a la chepa. Estamos ante un acontecimiento educativo histórico.

Las familias están adoptando poco a poco un nuevo enfoque (por otro lado, inevitable) de acuerdo con el cual muchos padres empiezan a poner al niño en su sitio y a hacer uso de su autoridad. Por supuesto que continuará habiendo padres permisivos que no ejerzan su función de autoridad, que se muestren demasiado afectuosos y sobreprotejan a sus hijos. Igualmente, seguirán existiendo padres autoritarios y estrictos, que apenas dejarán margen para las muestras de afecto y sí para el autoritarismo. También habrá padres descuidados, que no harán gala del cariño ni de la autoridad que sus hijos necesitan. Y, finalmente, habrá padres, llamados responsables, que asumirán su rol, dando muestras de afecto y calidez y sabiendo cómo ejercer la autoridad.

Para finalizar recordemos siempre que educar a un niño es una tarea difícil, que exige a los padres grandes dosis de afecto, de tiempo, de valentía y de responsabilidad para afrontar los conflictos. Al educar, no se trata de dudar de si el niño se va a disgustar por la imposición de sanciones, sino de mantenerse firme ante los principios de la vida y de respeto al prójimo, que tanto el padre como la madre deberán defender. Los mejores regalos que un hijo puede recibir son el cariño, la ternura, un entorno estable, la tenacidad; entonces es cuando sentirá esa seguridad que le abrirá



las puertas a la vida. Vosotros sus padres y educadores sois la mejor oportunidad que tendrán los niños para crecer como personas en plenitud humana •



PARA SABER MÁS

FRANÇOIS DE SINGLY (2009). *Comment aider l'enfant à devenir lui-même*. Ed. Armand Colin.

ROGER DE TEBOUL. *Deviens adulte*. Ed. Armand Colin.



HEMOS HABLADO DE

Autoridad; frustración; autonomía; independencia; límites; cuidados.

Este artículo fue solicitado por PADRES y MAESTROS en enero de 2015, revisado y aceptado en junio de 2015.